

DISCURSOS Y ARTICULOS

Recogidos de la prensa periódica de la capital, escritos con motivo de la muerte

Del Señor Don

MATIAS SIERRA

Y que sus hijos dedican

A la memoria de su padre y a sus amigos y relacionados que han tomado parte
de su duelo

1911

COMUNICACIÓN AL CURA PARROCO DE FACATATIVA

Señor Cura Párroco – Presente

Los suscritos vecinos del Municipio de Facatativá e hijos del señor don Matías Sierra, comunicamos a usted que el señor Sierra nombrado, ha fallecido en esta ciudad a las 2 a.m.

Los suscritos, hijos del señor Sierra, hacemos constar que poseemos en el cementerio de esta ciudad algunas bóvedas de nuestra propiedad y hemos pagado los respectivos impuestos o derechos correspondientes, a fin de tener también derecho de vender, alquilar o disponer de esas localidades para sepultar cadáveres y por ello cobramos o cedemos sin cobro alguno, ese servicio que, por otra parte, es el cumplimiento del mandato “cristiano” que manda “enterrar a los muertos”.

Hoy se presenta el caso de que, habiendo fallecido nuestro padre el señor don Matías Sierra, ciudadano que, además de ser un cristiano en todo sentido, fue un honrado padre de familia y un estricto cumplidor de las leyes que informan el credo “cristiano” que es el de la civilización moderna, se niega sepultura en el cementerio Parroquial a su cadáver, nos vemos en la penosa obligación de protestar contra ese acto que ataca la libertad civil y la libertad de conciencia, que informan el credo de toda nación libre y civilizada.

Más como esta negativa se ha hecho verbalmente, nos creemos obligados a elevar a usted este escrito y a solicitar nuevamente la correspondiente boleta de sepultura a que nos da derecho la Constitución y las Leyes vigentes, manifestamos á usted que estamos en disposición de cubrir los derechos o impuestos que conforme a las leyes usted tenga derecho a cobrar. Más si fuere negada nuevamente la boleta de sepultura, rogamos a usted se sirva contestar de la misma manera que ha sido elevada esta petición.

Facatativá, Septiembre 8 de 1911

De usted atentos, seguros servidores

JULIO SIERRA, FRANCISCO SIERRA, FERMIN SIERRA, ISMAEL SIERRA, ANIBAL SIERRA, NEFTALI SIERRA.

RESPUESTA DEL PARROCO

Facatativá, Septiembre 8 de 1911

Señores Julio Sierra, Ismael Sierra, etc.

En contestación al memorial de ustedes, de esta misma fecha, paso por la pena de decirles que, en cumplimiento de las leyes canónicas, no me es lícito conceder permiso para dar sepultura eclesiástica, en el cementerio católico, al cadáver de su difunto padre, por no haber fallecido en el seno de la Iglesia Católica; puede, sin embargo, darle sepultura en el lugar del Cementerio no destinado para los católicos.

Dios guarde ä ustedes.

FRAY JOSE PEREZ

MUERTE:

A los 83 años y 7 meses de edad paso al mundo de los invisibles nuestro distinguido amigo y hermano de ideas señor Matías Sierra.

Fue el señor Sierra un hombre honrado, como la generalidad de los que laboran la tierra, de carácter levantado, voluntad enérgica, y esencialmente práctico en todo lo bueno que su alma sincera concibió; de excepcional perseverancia e ideas bien definidas a las que unió una absoluta inflexibilidad en su cumplimiento según su honrado criterio. Jamás trepidó ante obstáculo alguno, ni se dobló ante aristócratas civiles o religiosos; pero si se inclinaba de continuo cual frágil sensitiva ante el dolor ajeno en cualquiera de sus formas. Su amor no tuvo miramientos del egoísmo, ya se tratara de un desnudo huérfano, ya de un adversario político que empujado por las circunstancias pisaba los umbrales de su casa.

Curiosa perplejidad causaba en el ánimo de los enemigos que lo observaban, cuando tan pronto veía su casa invadida por mendigos a quienes acostumbraba obsequiar con una vianda en el aniversario de la muerte de su esposa, y tan pronto salir de ella sacerdotes católicos con quienes cultivaba relaciones de amistad; y en más de una ocasión ese mismo techo albergó a Pastores protestantes que, después de recorrer la población en busca de hospitalidad, solo la hallaron al lado de aquel viejo venerable que no veía sino un hermano a todo el que se le acercaba, sin que ellos implicara en manera alguna menoscabo en sus ideas políticas o religiosas.

Cansado de presenciar la explotación inmisericorde de que es víctima el pueblo que trabaja, don Matías Sierra se separó de la religión oficial, porque comprendió que ella podía ser católica, apostólica y romana y todo lo que se quiera, pero jamás Cristiana; y su alma honrada, templada en la lides del trabajo y del sufrimiento, no podía contemporizar por conveniencia con una tiranía disfrazada con la túnica de Cristo. Él se preguntaba de continuo porqué en los años que cuenta el Catolicismo de dominación no ha logrado mejorar las condiciones morales de los hombres y regenerar las sociedades. Pobrecito! él era sincero; creía que ese era el objeto del catolicismo, y sufría al persuadirse que ese culto para perpetuar el dominio, excita las pasiones que mantienen estacionario el espíritu humano, siendo la ambición por los bienes terrenales la deformidad más marcada de su organismo.

Muy presente tenemos los lamentos del anciano, tan sinceros como ardientes, cuando recogía sobre sí mismo y expresaba su sentimiento por no haber conocido con bastantes años de anterioridad la doctrina espiritualista que –

decía él- es la religión de la ciencia y la única que hasta hoy ha definido, como ninguna escuela religiosa, ni filosófica lo ha hecho, el porqué del dolor, qué somos, de dónde venimos y a dónde vamos después de la existencia terrena. Por lo visto, no es extraño que el honorable anciano de quien nos ocupamos hubiera esperado la muerte impasible y tranquilo, con el entusiasmo del que ansía el despuntar de una nueva aurora para entregarse solícito a las labores del campo.

(Del número 9 de El Expositor)

FUNERALES:

En presencia de lo irremediable, con el corazón lacerado por la separación del amado padre y del amigo leal, pero al mismo tiempo con el alma iluminada con los resplandores de la fe y de la esperanza que nace del conocimiento de las leyes que rigen la evolución de los seres en su viaje indefinido hacia la perfección, la familia del Señor Sierra procedió a disponer lo conveniente para el entierro de su padre. Mas como el cura del lugar, con una intransigencia que sabemos agradecerle, se negara á permitir darle sepultura en el único cementerio que hay en la población, “por no haber fallecido en el seno de la iglesia católica”, no obstante poseer la familia bóvedas en dicho cementerio; en vista de tal negativa, los señores Sierra resolvieron hacer lo que don Matías había ordenado varios años antes, cuando comprendió que por sus ideas le negarían una última morada en el área común “sepultarlo en terreno de su propiedad, en el punto denominado Palo Blanco”, a un kilómetro de la población.

El sábado 10 a las 11 de la mañana, los señores Sierra en compañía de algunos amigos más allegados, se encaminaron al punto e Palo Blanco, con el fin de fijar un sitio que debía guardar la vestidura material del buen padre y amigo. A la una de la tarde del mismo día los despojos mortales del Señor Sierra fueron conducidos por sus hijos a la última morada, en medio de dos filas de señoras y señoritas, cada una de las cuales llevaba una corona de flores naturales, cerrando la marcha respetable y numerosa concurrencia.

Llegada la comitiva al sitio indicado, se congregó alrededor del ataúd, no con mutismo que deprime el alma ante el desgarrador espectáculo de la muerte, sino con la alegría del que cree racionalmente en la inmortalidad.

Instalados sobre una gran piedra que la naturaleza deparó, varios amigos del finado hicieron uso de la palabra; recordaron las virtudes del anciano difunto, dejando escapar muy a menudo frases amargas de censura contra

aquellos hombres que erigidos en guardianes de la paz del alma, conculcan el sagrado derecho de los ciudadanos honrados. No obstante, la más compleja armonía reinó en el conjunto de la peroración, pues con respetuoso silencio se prestó atención a la oración fúnebre de escuelas filosóficas divergentes, con cuyo acto se inauguró el Cementerio Cristiano en Facatativá.

La doctrina del Nazareno, que es Cristo mismo, no es propiedad exclusiva de la jerarquía romana; Cristo y su doctrina pertenecen a la humanidad; por eso los pueblos que le aman en espíritu y en verdad deben, como en Facatativá, levantar una enseña en torno de la cual se extienda un campo santificado por el amor, para que, a semejanza de la Cruz del Calvario, esté dispuesta a recibir con los brazos abiertos a todas las criaturas sin distinción de creencia, raza o condición social.

M. I. L. L.

(Del número 9 de El Expositor)

DISCURSOS

EN EL CEMENTERIO CRISTIANO ANTE EL CADÁVER DEL SEÑOR MATÍAS SIERRA

El Señor Efraín Rubio G. dijo:

Señores

Al venir a este sitio a dar sepultura libre a los restos del Señor Don Matías Sierra, no podemos menos de manifestar, a la vez que un hondo sentimiento de pesar por la partida del cariñoso y noble amigo quien ha emprendido el gran viaje a las regiones donde se vive la vida libre del espíritu, á la vez – digo- que ese sentimiento no podemos menos de expresar también la satisfacción que nos causa el acto que se verifica hoy, y lo que este sepelio quiere decir.

El Señor Sierra, hombre integérrimo, de carácter levantado, de profundas y arraigadas convicciones, tanto en lo político como en los religioso, había manifestado siempre su deseo, su voluntad firme de que su cadáver fuera entregado a la madre tierra en un lugar libre, libre de ceremoniales y de ritos que, para su espíritu fuerte convencido de la verdad filosófica, no valían nada intrínsecamente y antes bien eran, para su manera de ser, una depresión, una condescendencia humillante á que nunca pudiera plegarse su alma altiva, enamorada de la verdad y de la justicia.

Porque, el noble anciano que nos ha dado ayer el “hasta luego” era, señores a más de un venerable patriarca que educó y levantó una familia que honra á nuestra sociedad por sus virtudes y por su carácter de probidad indiscutible, un patriota ardiente, eternamente enamorado del bello ideal de la libertad, de la justicia del derecho y de la razón. De ahí sus hondas convicciones como liberal y como libre pensador. De ahí su vida intachable y las grandes energías que en todo campo demostró siempre, hasta sus últimos momentos pues nada más que algunas horas antes de morir y ya entrado en la agonía, preguntaba a sus hijos, que rodeaban su lecho de muerte, si ya había hecho las listas de sufragantes y si ya se habían inscrito todos los ciudadanos liberales, para las próximas elecciones de Consejeros Municipales. Esto, señores, puede demostrarnos claramente el temple de alma de este venerable patriota que, por otra parte, sirvió a la causa de sus convicciones como soldado y ciudadano, en el contingente de su brazo, de su dinero y de todas sus energías, tantas veces cuantas fuese necesario haciendo sacrificios de todo género, en aras de la libertad y del derecho.

Pero... continuaríamos enumerando rasgos nobles y salientes de su espíritu, y mucho habríamos de tardar en concluir.

Ahora bien: esas virtudes, ese ejemplo que nos deja el amigo cuyos restos vamos a depositar en el seno de la tierra, deben imitarse para el bien de nuestra generación y de las venideras.

Debemos mantener siempre vivo en nuestra memoria el recuerdo de su carácter templado al fuego de los puros y sacrosantos ideales de la libertad de conciencia, de la libertad de pensamiento, única fuerza efectiva que romperá para siempre las cadenas y fuertes ligaduras con que los perjuicios, errores y añejas preocupaciones de siglos ya hundidos para siempre en el abismo del pasado, tratan de mantener atado nuestro espíritu al poste ignominioso del fanatismo y la ignorancia.

Tenemos abierta hoy una nueva era en la vida Facatativeña. La tumba de don Matías Sierra, abierta en este espacio de tierra libre que acarician las brisas de la mañana é iluminan las rojas tintas del ocaso con la luz melancólica y poética en las tardes de veranos; esa tumba, señores, levantada en este sitio, es la primera piedra del edificio que nuestra voluntad cansada ya de soportar el yugo ignominioso de la tiranía espiritual de Roma, levantará muy en breve a la libertad de conciencia, al derecho de vivir y morir libres, exentos de tributos vergonzosos que pesan como una lápida enorme sobre nuestras conciencias atribuladas, de hombres que aman la causa santa de la libertad.

Por eso, señores, nuestro corazón siente un inmenso alivio hoy, al ver que una gran mayoría de los habitantes de esta ciudad maltratada en los mejor de su sociedad y por mucho tiempo, hasta poca há, por el látigo de los esbirros de la Regeneración y de los esbirros de Roma, se yergue ya, y en masa compacta hace acto de presencia, respetuosa, pero decididamente, en un acto de la importancia y de la trascendencia del que en este momento se verifica. El día de hoy, señores, marcará en la historia de esta población una página indeleble, por ser la fecha en que se ha dado un paso definitivo hacía la conquista de una libertad por mucho tiempo conculcada; la libertad de morir tranquilamente sin tener que pagar tributos póstumos y forzados, á quien no lo hemos merecido sino odio y persecuciones durante la vida.

El establecimiento de hecho, y la inauguración del cementerio libre, que hoy se hace con el sepelio del Señor Sierra, será indudablemente, la consagración de un derecho que el pueblo, de por sí y ante sí, resuelve poner el ejercicio de hoy en adelante. Pero al propio tiempo debemos levantar una voz de aplauso y de agradecimiento hacía la familia Sierra, que tan dignamente ha dado un ejemplo de alto valor y de importancia excepcional en el presente y en el futuro.

Más... No terminaré sin hacer constar que hechos de esta clase son producidos por causas perfectamente determinadas, y que el acto de que nos ocupamos es hijo de convicciones profundamente arraigadas en la conciencia de quienes así proceden, sin temores de ninguna especie, ni consideraciones pueriles, deprimentes para la dignidad é impropias de quien estima la razón y la filosofía por encima de todo. El Señor don Matías Sierra y su familia han pertenecido, de algunos años para acá, a la escuela espiritualista moderna; y el estudio y reflexiones hechas a la luz de esa moral y de esa doctrina sublime, inspirada en el más puro cristianismo, han sido causa productora de estos efectos, traducidos en hechos de emancipación verdadera del espíritu. La virtud que se apoya en la razón, y las convicciones que han llegado al espíritu por medio del raciocinio sereno y del estudio detenido de doctrinas filosóficas y científicas, son títulos más que suficientes para llamar a un hombre "libre pensador" y para creer que el hombre es realmente libre en su conciencia y en su espíritu.

Por todo estos, señores, y por delegación del Centro Espiritualista de esta ciudad, he tenido el honor de levantar aquí mi voz para expresar ese sentir profundo de nuestras almas, ese anhelo indefinible de libertades que parecen inalcanzables; y para decir, no adiós, sino únicamente hasta luego, al amigo y hermano que hoy deja la mísera vestidura carnal sobre este suelo de dolores y amarguras para ir a recibir en la vida libre del espacio, la recompensa de sus virtudes, y trepar – por lo mismo – siquiera un peldaño más de la escala marcada en la senda eterna del espíritu, por la ley suprema del progreso indefinido.

Por eso no nos despedimos del hermano y amigo con el adiós terrible de amargura infinita que pronuncian los discípulos y adeptos de las sectas llamadas “religiones positivas” que, al perder un miembro de familia o un amigo querido, torturan su propio espíritu con las horribles visiones de infiernos y purgatorios, de donde no se sale jamás. O tan solo a cambio de algunas monedas entregadas a los mercaderes de la conciencia que garantizan la terminación del sufrimiento de las almas de los difuntos, previo el pago de algunos salmos con riego de agua bendita y el musitar de oraciones incomprensibles que ningún efecto producirá, ni podrán pesar un adarme en la balanza de las leyes naturales.

Y puesto que para nosotros la muerte no existe, porque no es otra cosa que una transformación, un cambio de modalidad en la vida eterna del espíritu, y porque sabemos que el cumplimiento de las leyes que rigen la materia, la fuerza y el espíritu, es ineludible abrigamos la convicción de que el amigo no ha muerto, y por tanto, únicamente habremos de despedirnos diciéndole: ¡Hasta luego!, He dicho.

El Señor Eduardo Rodríguez F. Dijo:

Señoras, Señores:

Con mucha razón está en este momento hondamente conmovida, aunque acaso no en un mismo sentido, la sociedad de Facatativá, por el acto que aquí estamos ejecutando de cavar la primera fosa de un cementerio civil, para lo cual diversas circunstancias han venido convergiendo.

Se trata por una parte, de cumplir la explícita voluntad del mismo que acaba de tender vuelo á la eternidad, y a quien le dictaron ese deseo sus honradas y firmes convicciones, mantenidas con moderación, pero sin trepidar, hasta el instante mismo de entregarse en los brazos de la muerte.

Realízase por otra parte, el querer de la familia del extinto, querer impuesto, tanto por filial acatamiento a la voluntad de su respetable padre, cuanto porque sus propias ideas y sentimientos los impelen á dar este muy significativo paso.

Satisfácese, en fin, el anhelo de los muchos que deseamos emancipación u holgura en el lleno de los lúgubres servicios funerarios, en mira de evitar el llanto de las familias, acibarado aún por ciertas contrariedades para el entierro, debido á que el finado hubiera pensado, en materias religiosas, de esta ó aquella manera como ha sucedido en el presente caso.

Al venir, pues aquí, a la vez que a rendirle a nuestro noble amigo un tributo de nuestro cariño y a devolver a la naturaleza los restos mortales del que en vida

se llamó Matías Sierra, venimos a inaugurar para los muertos un lecho independiente.

Unese á estas circunstancias para traerme aquí, contra mi hábito, á ocupar tribuna pública, y no obstante algunas diferencias en cuanto á profesión de fe, una especial de reconocimiento que deseo hacer pública y cuya causa voy á referir.

Pasaron por esta ciudad, en Diciembre último, dos Misioneros protestantes que venía por primera vez y a la mano que desde lo alto guía a los buenos siervos de Dios, los trajo directamente a la casa particular de la familia Sierra, y tan bondadosa y cordial fue la acogida que tuvieron, que a su regreso de Santander, como á su casa, volvieron derecho allí, obteniendo nuevamente la misma amable bienvenida; y como entonces se promoviera la ejecución de un servicio religioso, ninguna fue la dificultad para que allí mismo congregadas dos o tres estimabilísimas familias, pudiéramos oír de los Misioneros la sencilla y edificante palabra evangélica. Pues bien tal benevolencia dejó en mí, como protestante, un sentimiento de gratitud y estimación, y á el doy brote con esta ocasión.

Mas, en verdad, que no era para esperarse menos de dos Matías, que fuera siempre hombre de amplios ideales que llevó a la práctica, hasta donde le era posible, y así le vio á la avanzada edad de setenta años salir con sus hijos a brindarle a la patria su reposo y su sangre, y en toda época se le halló, ansiando para la parte desvalida de la sociedad algo de instrucción y menos hambre y menos desnudez.

De modestos recursos, coronó con honradez una larga vida de casi diez y siete lustros, y ahora ha tenido la fortuna envidiable aunque póstuma, de que su tumba – que la Nación, en su diario tránsito por aquella carrilera que allí no más se ve, contemplará con respeto – le hará dar a la sociedad un paso adelante, en el sentido de la libertad de conciencia, sin la cual aquello que en general, y en su verdadero sentido se llama *Religión*, no puede tener lugar. Esta tumba aquí es un baluarte contra las imposiciones de doctrina, y es un faro de la libertad del humano espíritu.

Quiera el cielo que en uso de su amada libertad, se abrace, un cualquiera que sea de sus matices, aquella religión que, como la historia lo demuestra con grandes y palpitantes hechos, que están a la vista, trae á los pueblos, por la moralidad que envuelve y establece. La mayor suma posible de bienandanza y de felicidad acá, aún sin contar con los efectos en ultratumba: El Cristianismo, el genuino y verdadero Cristianismo.

Si en el fondo estuvo o no realmente apartado de esa doctrina el Señor Sierra, no seremos nosotros quienes podamos decidirlo y calificarlo. Diversas

circunstancias inclinanme á pensar que era un buen cristiano, más si entrar a profundizar en esta grave materia.

Termino expresando que si ante el Ser Supremo pueda tener algún valor las preces de un ser indigno como yo, humildemente elevo las mías por la dicha eterna de que fue para mí un caro amigo.

El Señor Luis F. Latorre, dijo:

Señores:

Como Maeterlinck, el psicólogo profundo que supo hallar el tesoro de los humildes, yo uno de ellos, creo que el silencio es una virtud; también aprendí Spencer, que todo es relativo, y he llegado a comprender, que el callar por sistema es, si no pecado, inconveniente en ocasiones. De ahí que, a la regla que me he impuesto de no hablar, oponga una excepción, y tome la palabra. Porque hay cosas que es oportuno decir, grabarlas con caracteres indelebles en la conciencia popular, dejar constancia expresa de ellas, porque de su estudio reportaremos un preciado bien.

No vengo á hacer el panegírico de la vida del señor Sierra; demasiado conocida para todos y en la mente de todos perdurará; sencillamente, fue ejemplar, y será para los hombres de sentido moral lúcido, inmejorable modelo, aunque las mentalidades raquílicas no alcancen a entender bien sabemos que la luz ilumina las tenebrosidades de las cuevas donde viven los topos. Don Matías Sierra dejó tras sí una luminosa estela de méritos, en pos de la cual os invito a seguir. Fue un carácter, fue un HOMBRE, que es ser mucho, ya que vemos seres que no pudiendo ser hombres se autotitulan santos.

Me permito adelantar una aclaración que evitará perjuicios y torcidas interpretaciones: la escuela filosófica a que pertenezco, no es la misma la cual se afilió el señor Sierra; no soy católico pero no tengo la honra de contarme entre los discípulos de Allan Kardec; que éste fuera poseedor de la verdad, o que ella sea del dominio de Spencer, ni tengo derecho de sentenciar, ni es momento de discutir. Yo no ataco ninguna creencia, yo respeto toda doctrina, pero la intransigencia y el fanatismo no son creencia ni son doctrina, sino aberraciones

intolerables. La circunstancia de ser mis opiniones diferentes de las que tuvo el Señor Sierra, revelan que no es mi intención, al emitir algunos conceptos, conquistar prosélitos para la causa del que hoy se despide; luego mis opiniones quedan selladas con la sinceridad, ya que por fuerza ó razón soy imparcial. Sentado esto, permítaseme hacer algunas someras consideraciones sobre el acto solemne en que actuamos, porque es de trascendencia moral inalcanzable para todos los hijos y amigos de Facatativá. Si mis principios no están de acuerdo con los del señor Sierra, la Ética si la comprendimos lo mismo, y por eso él, como yo, sabía que el carácter individual y la independencia de pensamiento, deben ser la principal condición del hombre; por eso su espíritu altivo no pudo avenirse con las almas serviles, que no son humanas porque han renunciado a la razón, único distintivo que nos separa de la animalidad. Consagró los últimos años de su vida a independizar a sus hermanos, los menesterosos del tiránico dominio de la miseria y su mano caritativa siempre tuvo un pan para el hambreado y un abrigo para el desnudo; cumplió así, sin ser católico dos preceptos de Cristo; hoy consagra su muerte a librarnos de la despótica intransigencia de la sotana, que se niega a sepultar un cadáver de un hombre que no quiso recibir de impuras manos la Hostia que el sayón ha profanado.

El cura, ministro de Dios (?), protesta contra la obra de misericordia de enterrar a los muertos, y don Matías Sierra, el hereje que murió fuera de la gracia divina, si acata este otro precepto cristiano y nos ofrece este terruño que hoy es camposanto, donde podremos venir a dormir tranquilos, jamás importunados por las salves hipócritas de los fariseos, que hasta con la oración medran, pero nunca dejan oír los cantos de sus rezos cuando falta el papel moneda con que pagarlos, con que tienen las llave de San Pedro, pero no dan el pase, no abren la puerta, sino se les compra la boleta con el puñado de billetes, sortilegio indispensable para entrar al cielo.

Don Matías Sierra, en vida, a manos llenas distribuyó lo suyo; en muerte nos da tierra que nos niegan los ungidos de Dios para abrir nuestras huesas; el cura atesora lo propio y no le hace asco usurpar lo ajeno; si no ¿con que títulos se abroga el derecho de impedir que se entierre un cadáver en el Cementerio común, que no es de él, que no es exclusivamente de los católicos, sino de todos? Tanto más cuanto en el caso presente, en ese lugar existen propiedades particulares de la familia Sierra.

Que sepan los atrincherados tras los muros de las iglesias, que hoy se abre para Facatativá la era de la redención; que su intransigencia ha sido y es el principal factor de su descredito y que los mismos católicos, para salvar su religión sagrada del desprestigio que sus ministros le están conquistando, rompen ya el asfixiante círculo del clericalismo.

En nombre de la sociedad civilizada, de la sociedad consiente, dejó constancia de agradecimiento sincero que guardaremos a la familia Sierra por haber cumplido y llevado a la practica la idea altruista que encarnó la última voluntad de don Matías, cuya memoria sabremos venerar, porque supo desligarnos de un yugo insoportable que se rompió hoy. El pueblo, al secundar y apoyar aquella loable iniciativa, hará saber que ese pueblo, antes molusco, encadenado a la roca del fanatismo, hoy deja la concha de las preocupaciones y libre da pie firme y seguro al primer paso en la conquista del nuevo Dorado, la emancipación intelectual y moral.

El Señor Luis Félix Martínez dijo.

Señores:

De paso por esta ciudad, he sabido con dolorosa sorpresa la muerte de don Matías Sierra, y no he podido prescindir de venir a acompañar su cadáver a la última morada y de dar adiós a mi propio nombre y en nombre de mi padre, al amigo leal que acaba de desaparecer en el misterio de la inmortalidad.

Quien sin conocer antes a don Matías lo viera en los últimos días de su vida agobiado por el peso de los años y con el traje modesto de los agricultores de la sabana, no habría podido imaginar que en ese cuerpo se albergaba alma tan bien templada, superior mil veces superior, a la de muchos que han pasado por altas esferas de la sociedad, haciendo alarde de civilización, de lujo y de saber; pero que llegado el poster momento se mostraron cobardes con claudicaciones vergonzosas.

Juzgo que don Matías fue un creyente verdadero, que tuvo fe en la justicia en la sabiduría de Dios, quien sabe lo más íntimo del pensamiento humano; por eso vivió con la creencia y murió con la convicción de que no se necesita mediador entre la conciencia individual y la inteligencia suprema; no llamó al sacerdote: he ahí la grandeza de su conducta.

La vida de don Matías tuvo su origen en las altas cumbres de la virtud, se dilató a través de la sociedad fecundizando la Patria con su riego, que fue su ejemplo y su trabajo, y hoy que ha ido a verter su caudal en el mar de la muerte, lo ha hecho con la majestad de las poderosas corrientes, con la severidad del Amazonas.

Debemos decir que esta tumba abierta en la soledad de la pampa profana, se puede mostrar como lugar de admiración para los caracteres íntegros y como punto de peregrinación para los débiles, que vengan a ella para tomar fortaleza en las horas de vacilaciones. Aquí aprendemos a vivir con honradez y a morir con entereza. Sobre tumbas como ésta, podemos soltar, sin temor, todos sus pliegues a la bandera de la Democracia y alzar himno triunfal al pensamiento libre,

He dicho.

El Señor Manuel I. López, dijo:

Señoras, Señores:

Unido por el lazo de la amistad y de la idea con el señor Matías Sierra, cuyo cuerpo inanimado tenemos aquí presente, cumplo con el deber ineludible de concurrir a este lugar de cita de los viajeros de la tierra para dar el hasta luégo, desde esta eminencia de los confines de la vida humana, al amigo y soldado valeroso en el campo del trabajo.

Hoy se ausenta de nuestro lado el compañero y luchador indomable, digno y generoso amigo, ejemplar ciudadano y modelo de padres, que supo hacer suyo los dolores y las desgracias ajenas, su hogar como su pan fue para los menesterosos, su corazón para su familia y amigos, y las energías de su alma joven para protestar siempre contra los tiranos de la Patria y de la conciencia. Fue humilde y tierno con los humildes y altivo con los déspotas, Fue todo un carácter.

Pero no es á enaltecer los méritos del difunto a lo que vengo en este momento solemne, en que parece que todos debemos inclinarnos sumisos al imperio de la muerte; es á ungir con el óleo sagrado de la ciencia de la verdad la conciencia empañada por la duda, es a desenmascarar el espectro tenebroso de la muerte y á demostrarnos que ella no existe.

El universo es un palenque en donde el alma lucha para su engrandecimiento. Lo obtiene por medio de sus trabajos, de sus sacrificios, de sus padecimientos. El dolor ya sea físico, ya moral, es un poderoso medio de desarrollo y de progreso. El dolor es la purificación suprema, la escuela donde se aprende la paciencia, la resignación y todos los austeros deberes. Es el crisol donde se derrite el egoísmo y se disuelve el orgullo. A veces en las horas

sombrías, el alma atormentada se revela, reniega de Dios y de su justicia; luego cuando la borrasca ha pasado y se examina, se ve que aquel más aparente era un bien, ve que las penas le han hecho mejor, mal accesible a la piedad, más caritativa para con los desgraciados. Por medio del dolor, de las pruebas, de los achaques y de las desgracias, lo mejor nace de los peor. Por eso hay en este mundo más penas que alegrías. La pena temple los caracteres, afina los sentimientos y doma las almas fogosas y altaneras.

Considerando esto ¿qué viene a ser la idea de la muerte? Pierde su carácter espantoso. La muerte no es ya más que una transformación necesaria y una renovación. En realidad, nada muere. La muerte no es más que un aparente. Tan solo cambia la forma exterior; el principio de la vida, el alma permanece en su unidad inalterable e indestructible. Más allá de la tumba se encuentra en la plenitud de sus facultades con todas las adquisiciones, luces virtudes, aspiraciones y potencias que sea enriquecido durante sus existencias terrenas. Estos son los bienes imperecederos de que habla el Evangelio cuando dice “ni los gusanos ni el orín los corroyen ni los ladrones los roban” son sus únicas riquezas que podemos llevarnos y utilizar en la vida futura. Y quien las poseyó como el anciano que se ausenta, ¿qué espera de los hombres? Nada más que amor que es el sol de las almas. Entonces, despidámonos de las teorías que hacen de la muerte el conducto de la nada, ó el preludio de los castigos sin fin. ¡Adiós, lúgubres fantasmas de la teología, dogmas pavorosos, sentencias inexorables, suplicios infernales.

¡Pasó á la esperanza, pasó a la vida! No son oscuras tinieblas, ¡luz deslumbradora es lo que sale de las tumbas!

¿Habréis visto la mariposa de matizadas alas despojarse de su infame crisálida, es envoltura de la oruga dentro de la cual el insecto se arrastra por el suelo? ¿La habréis visto libre y ligera, revolotear por el aire luminoso en medio del perfume de las flores? No hay imagen más fiel del fenómeno de la muerte. También hombre es una crisálida que la muerte descompone. El cuerpo humano, vestidura de carne, desciende al lodo; más el espíritu después de cumplida su obra, se lanza á una vida más elevada, á la vida espiritual que sucede a la vida corporal, como el día sucede á la noche.

Penetrados de estas ideas nada tenemos que temer de la muerte. No más miedo, no más aparato siniestro de tétricos cantos. Nuestros funerales deben convertirse en una fiesta en la cual celebramos la libertad del alma y su regreso a la verdadera patria.

Las almas de los muertos nos animan; los seres queridos que nos han precedido en la partida, nos alientan. ¡Lejos de dormir bajo la losa, velan por nosotros! Desde el fondo de lo invisible nos miran y nos sonríen. ¡Adorable divino misterio!, ellas nos hablan, ellas piden amor y conmiseración para los que egoístas no cumplen con la más sagrada de las obras de misericordia, enterrar o dejar enterrar a los muertos.

Compadezcamos a los que negocian con la materia y elevemos la oración ferviente de sentimiento por el triunfo del espíritu liberto.

Levantemos nuestro pensamiento a regiones superiores; seamos indiferentes á la intransigencia de los hombres. Tomemos por modelo a Cristo, que él fue grande en su predicación más colosal, se presenta su figura al pedir perdón para sus verdugos. Perdonemos el nombre del desaparecido, a los que escudados con la cruz del Redentor, recrudescen las pasiones vulgares.

Nuestro puesto está señalado. Volemos a la cabecera del que agoniza en su miserable choza. La viuda desolada reclama nuestro auxilio; el huérfano pide pan para su cuerpo, calor para su corazón, luz para su inteligencia. Imitemos al viejo ido que en el silencio de su hogar tranquilo, hizo lo que estuvo a su alcance por los desheredados.

Señores: en nombre del Centro León Denis de Bogotá, y el mío propio, os pido el concurso de vuestro amor y de vuestra energía para sellar con el este acto civil que servirá de ejemplo a los futuros sacerdotes de libre pensamiento.

UN CRISTIANO

Reto formidable de un pueblo altivo es el que Facatativá acaba de lanzar a la faz hosca de los gazmoños con motivo de la muerte de don Matías Sierra. ¿Qué porque murió como un hombre libre, uno de esos seres que vive del sudor ajeno, le niega a los hijos el derecho de enterrarlo eclesiásticamente en el Cementerio Parroquial? No importa. Los retoños varoniles del roble caído son dignos de su vigor y lozanía. Por eso la idea de un cementerio laico surgió fresca y serenamente de esos corazones creados por un sol de verdadera libertad, y a las pocas horas, en terreno por ellos legado a los emancipados, el vaso de barro que encerrara la fina esencia del patriarca ido, era depositado por manos cariñosas y leales.

El pueblo en masa – hombres, mujeres, niños, ancianos – hizo acto de presencia en la solemne inauguración del cementerio laico, y, lleno de sentimiento, pero también de religioso entusiasmo, fue a cubrir de flores la tumba que, no por humilde, deja de levantarse ante las conciencias honradas por sobre los mausoleos soberbios, en que tras los mármoles blasonados se pudren como perros los que un día fueron empingorotados señores, mentidos apóstoles de la caridad, cuando no asesinos diplomados de héroes por las multitudes ignaras o inconscientes.

Nosotros fuimos amigos del señor Sierra. Su amor al prójimo, su espíritu tolerante, sin fanatismo por el bien, su inagotable caridad para con los desvalidos, su ansia perenne de mejorar, su culto por las ideas de progreso y civilización, su laboriosidad infatigable, no fueron, como en la generalidad de los humanos, meras palabras, ni obras con bombo de amigos complacientes. Era real y prácticamente cristiano, sin las huecas frases rituales; y en silencio, en el santuario del hogar, se ejercitaba en esas virtudes, pues si en otros son una hermosa excepción, en él eran tan naturales como el pan nuestro de cada día. Dijérese que á fuerza de cumplir sus altos deberes, llegó como a cristalizarse luminosamente en la excelsitud de la cumbre que alcanzara.

Le conocimos una bella costumbre: cada año, en el aniversario de la buena compañera muerta, en unión de sus hijos, caballeros como él, educados sabiamente en su ejemplo, daba comida a los pobres del lugar y de varias leguas a la redonda. ¿Una comida dijimos? Eso era- o mejor es, porque sus hijos no la olvidan- una fiesta de auténtica fraternidad, lector, la casa dispuesta como para un banquete. En uno de los grandes patios interiores cubierto de blancas toldas, lleno de flores, una enorme mesa, presidida por el retrato de la mujer ausente. Los hijos, vestidos irreprochablemente, sirven la sopa, las viandas, los postres, el vino, las frutas, ¿no os hablé de un banquete á sus hermanos en Jesucristo, heridos por la garra del infortunio, pero ahora sonrientes, con la boca llena y los ojos húmedos de la emoción, porque han tenido un confortante día de sol otoñal? ¿terminaron? Pues tome viejita enclenque, un pañolón; usted anciano decrepito llévese esta ruana; usted andrajoso mendigo, esta camisa; usted, vacilante enferma, esta falda. Y así, pieza más, pieza menos, pero nuevas todas ellas, con los ciento veinte o ciento cincuenta convidados .. desarrapados y hermanos.

Bello ¿Verdad?, pues juzgad por ese delicado botón lo que sería ese rosal divino perennemente en flor. Y pensar que el fanatismo medieval de un tonsurado no ha permitido que en el lote que poseía la familia en el Cementerio fuera depositado él. Más mirando el fondo de las cosas, esa santa intransigencia es benéfica, ha servido para que un pueblo vigoroso y liberal se ponga en pié y enarbole altivo la bandera bendita de la liberación civil; para que hasta los palurdos establezcan

esta comparación, para que un matasien te engaña hasta la madre con mentidas creencias – puesto que no la pone en práctica – hay un rincón en el Cementerio Católico; para el santo milagroso de la caridad que fue Matías Sierra, y ha servido, por último para que los libres sepan que el precepto aquel de enterrar a los muertos pueda cumplirse cristianamente sin que con ese pretexto engorden clérigos españoles que nos desprecian.

E. ARIAS CORRE

Del número 55 de El Ariete

Señor

Esteva Marata, Director de Luz y Unión - Barcelona (España)

Muy Señor Mío Correligionario:

Como ligera muestra de gratitud hacia vos y demás hermanos de esa, que tanto trabajan por la difusión de nuestros ideales, me permito sustraeros un momento de vuestras ocupaciones para enseñaros, con la mayor brevedad posible, un acto que, aunque insignificante en sí, tiene un valor que vos más que nadie, sabréis apreciar; es un puñado de precioso grano, fruto de la semilla que ha tantos años venia diseminando en la superficie del planeta, sin que frontera alguna pueda impedirlo.

Es el caso que con motivo de haberse cumplido en 29 de agosto último el 4º aniversario de la desencarnación de la matrona, madre de una familia cultivadora de nuestros ideales, residente en la ciudad de Facatativá, se convino por unanimidad y con la debida anticipación, - siguiendo vuestro ejemplo – dar ese día un almuerzo a los pobres, de la misma manera que se ha venido haciendo los años pasados. En la semana anterior a la citada fecha se distribuyeron entre los más necesitados de la ciudad, las boletas que los autorizaba para concurrir a la casa de la familia Sierra. Los vinculados por nuestras doctrinas, comprometidos a concurrir a aquel acto, residentes en Bogotá, tomamos el ferrocarril de la mañana de aquel día; a las 9 y media a.m. llegamos a Facatativá a la casa de los señores Sierra, quienes en compañía de señoras y señoritas concurrentes y de la familia, nos recibieron con la exquisita amabilidad que desborda de corazones sinceros en fiestas de esta clase, las cuales os son bien conocidas.

Todo lo relativo a la fiesta estaba dispuesto y preparado con absoluta corrección. A las 11 a.m. se empezaron a entrar los pobres entregando cada uno su boleta a un hermano, quien con su habitual afabilidad les recibía en la puerta. De acuerdo con lo

dispuesto en el programa, tanto aquellos como los hermanos asistentes ocupamos nuestro puesto. La apertura tuvo lugar con una escogida pieza de música adecuada al caso. Terminada ésta, tomó la palabra nuestro hermano señor L. M. Lora, quien en lenguaje sencillo y tierno rememoró las virtudes de la matrona en cuyo nombre fuimos congregados. Terminó ofreciendo a los pobres a nombre de la familia Sierra el almuerzo que hermanos nombrados a efecto empezaban a servir con verdadero regocijo y orgullo. Durante el acto varios niños recitaron composiciones en prosa tendientes a enaltecer la caridad cristiana y con natural sencillez expresaron sus propios sentimientos identificándose con las ideas que aquellos entrañaban. Emocionado por el entusiasmo que se apodera de los corazones tiernos ante un acto de bondad, el joven Jorge Ruiz dio lectura a una composición en verso la cual fue recibida como las demás con un aplauso unánime. En seguida el Señor J. Sierra en lacónico discurso, expresó la satisfacción que le inspiraba el cuadro viviente que tenía ante sus ojos; presidiendo la mesa se hallaba el venerable anciano, su padre teniendo al lado a sus hijos, a sus nietos y a sus biznietos; ochenta y cinco pobres con el semblante alegre y risueño expresando gratitud, rodeaban la mesa el resto de la familia Sierra, señoras y señoritas concurrentes y unos cuantos hermanos en creencias, miembros del Centro Guía del Cristiano, y algunos invitados particulares que nos honraron con su presencia, completaban aquel humilde cenáculo, sobre el que se extendía a manera de nivea gasa el fluido que envolvía nuestro espíritu y vigorizaba el sentimiento de la fraternidad bajo cuyo calor nos fue dado fusionar nuestras almas en un mismo ideal y en una sola aspiración; ensanchar nuestra esfera de propaganda para llevar al mayor número posible el conocimiento de una doctrina que ha de establecer, tarde o temprano la igualdad entre los cristianos. ¡Quién pudiera conservarse bajo la influencia del vivificador ambiente de la fraternidad.

Las palabras del Señor Sierra fueron para todos los presentes, con la fórmula cabalística de los antiguos magos; a su influjo se escapó de nuestros corazones la llama de un sentimiento comprimido y más de una lágrima se vio rodar por mejillas candorosas; fue una evocación, una evocación del hijo, al espíritu de su madre, que sin duda se aprestaba a recoger en el límpido cristal de su alma, los diamantes que en forma de lágrimas depositaban en él los humildes, por quienes empieza la regeneración humana, como homenaje a la viejecita que distribuyó sin miramientos egoístas ternura y amor a todo el que a ella se acercó en demanda de protección. Terminó haciendo inmerecidos elogios del suscrito por haber tomado parte muy exigua por cierto en la iniciativa de su familia, en la que él llama con religioso respeto "Ciencia Espíritu". Reconozco la gran suma de bondad que le animó honrarme con demasiada prodigalidad; pero una reflexión juiciosa le convencerá de que en verdad no tengo más mérito que el que le asigna a la diminuta partícula de cristal puesta al rayo del sol, la cual proyecta, hasta donde su potencia reflectora lo permite, la luz que viene a quebrarse en su faz para llevar el consolador rayo

de certidumbre contenido en el estudio del espiritualismo a un lugar tranquilo y apacible donde en vano buscaban los moradores la causa justificativa de una desgracia, como comúnmente se dice, cuando deja de existir entre nosotros un ser idolatrado como la madre.

Hoy la tranquilidad es la reina del hogar, no porque la haya ido a imponer hombre alguno revestido de problemática autoridad, sino porque la voz del raciocinio expresada en las obras fundamentales del Espiritualismo se ha hecho sentir en la inteligencia y en el corazón de esas criaturas que, rompiendo el molde tradicional de las preocupaciones, sin cuidarse del que dirán, sientan a su mesa a unos cuantos pobres para hacerlos partícipes de un amor poco y nada conocido de los publicanos y fariseos modernos. Así pues a la inteligencia y al corazón debe esta familia, como los demás correligionarios de Facatativá, el conocimiento del sublime Espiritualismo.

Para poner término a la fiesta, cúpome la satisfacción de darle lectura a un trabajo tendiente a vulgarizar la base invulnerable de la reencarnación, para cuyo efecto condensé, hasta donde mis capacidades la permitieron, el discurso pronunciado por vos en el último banquete dado a los pobres de Tarrasa, hasta hacer accesible a toda comprensión la forma palpable en que se manifiesta la justicia infinita.

Perdonad la importunidad, y aceptad la expresión de eterno agradecimiento de vuestro leal servidor y correligionario.

M.L.L.

FIESTA DE AMOR

Trabajo leído ante la concurrencia que asistió al almuerzo dado e a los pobres en Facatativá para conmemorar el 4 aniversario de la desencarnación de la señora doña Emperatriz Rico de Sierra.

Quisiera detenerme a explicar de dónde procede estas fiestas que se pueden llamar del sentimiento, extrañas, demasiados extrañas por cierto, para la sociedad en que vivimos pero ni el tiempo ni las circunstancias del momento me permiten entrar en esos detalles en que indudablemente tendría que asomar el elogio que merece cada uno de los que ha tomado vivo interés en continuar dando brillo fraternal a estos actos, exóticos en apariencia, pero que algún día serán las honras fúnebres que la gente de buen sentido moral tributará a la memoria de los que se adelantan en la partida, como actualmente acontece en varias poblaciones de Europa, donde muchos de nuestros correligionarios en cambio de malgastar el dinero en fiestas pomposas que solo sirven para hacer resaltar la vanidad, porque la llama del sentimiento se ha extinguido, se complacen en sentar a la mesa a unos cuantos centenares de pobres para obsequiarlos con un banquete a nombre

de legítimos benefactores de la humanidad, sin que la befa y el escarnio de quienes jamás se han preocupado por el dolor ajeno, haga vacilar su determinación.

Hacer, pues, mención de cada una de las personas que han dado vida a estas honras, sería inadecuado, puesto que no se trata de ostentar méritos; simplemente se quiera tangibilizar un sentimiento que en su exteriorización desafía al sarcasmo mordaz de quien no está acostumbrado a llevar con su propia mano, un pan a la boca del desfalleciente huérfano y cuando ven que hay manos cariñosas que acogen solícitas a los pobrecitos sin pan y sin abrigo, huyen asombrados calificando de ridículo un hecho natural e insignificante, para quien tiene un alma sensible y generosa.

La conducta de quien mira el dolor ajeno con preferencia al propio, está calcada en el conocimiento del verdadero cristianismo, al cual nos hace ver que entre estas criaturas sin lecho, sin abrigo, sin una voz cariñosa que les anime en los momentos en que el hambre y el dolor clavan su afilado diente en sus entumecidos cuerpos, excitándolos a la desesperación; sin quien dedique las amarguras de su azarosa vida, sin una mano tierna que acaricie sus rostros descarnados, entre estos seres repito, y nosotros, no hay diferencia que la condición material a los ojos del mundo, y las virtudes a los ojos de Dios.

Yo sé que ninguno de los que estamos aquí presentes ponemos en duda la existencia de Dios, todo Justicia; pero esta justicia infinita la encontramos en abierta oposición con las desigualdades humanas, y por eso nos preguntamos de continuo en qué consiste que criaturas como éstas (señalando a los pobres) carecen de lo que a otras les sobra, sin haber hecho ningún esfuerzo para conseguirlo, pues han nacido en medio de las abundancia.

Y en ese laberinto de contradicciones en que sólo la injusticia se manifiesta ante nuestros ojos, una ténue claridad precursora de la aurora ha llevado certidumbre a nuestras almas con el descubrimiento de la verdad en el seno de una filosofía tanto más sencilla cuanto más justa.

Nosotros conceptuamos a Dios como la imagen perfecta de la justicia, como el creador amoroso de todo lo que existe, como el Padre de todas las criaturas.

Por ser Él la justicia perfecta, no podemos admitir en modo alguno que sólo hayamos existido en la vida presente, pues no sería justo en que á unos los hubiese hecho nacer ya ricos y a los otros pobres, a los unos idiotas y a los otros dotados de clara inteligencia, á estos hermosos y bien conformados y á los de allá tuertos, jorobados ó cojos. Si Dios creara á cada sér en el momento en que nacemos, pregunto yo: Donde está su justicia al crear en un mismo momento á uno de estos infelices niños que contemplamos en brazos de sus madres que no tienen otro albergue que las cuevas de las

montañas ó el pajar abandonado, y al propio tiempo de dar la vida á éste la habrá dado seguramente a otro que desde su primer vagido se verá rodeado de todas las atenciones y de todos los cuidados?

¿Qué diríamos todos de un padre que, teniendo muchos hijos y una gran fortuna, á unos se la diera toda y á otros los obligara a mendigar el pan de cada día; a estos les adornara con preciosos vestidos y a los otros los obligase a andar descalzos y con vestidos sucios y estropeados? Sí, viéramos, además que a algunos los alimentase con riquísimos y bien guisados manjares servidos en bordados y limpios manteles y a los otros los obligaba por hambre a comer lo que ni los propios criados aceptasen. ¿no diríamos todos que sería un mal padre el que así obrase? No es verdad que los mismos que nos pintan a Dios vengativo – porque son incapaces para concebirlo de otro modo – execrarían al padre que así tratase a sus hijos?. Pues del mismo modo habrían de execrar a Dios si fuese tal como ellos lo describen, puesto que como ese mal padre obra El.

Pero Dios no es así; Dios es la perfección suma y por esto la Justicia Verdad.

Dios creador eterno y amoroso, crea a todos los seres iguales en un todo y nos señala como fin primordial de nuestra existencia la suma perfección. Esta perfección no la podemos alcanzar en una ni en muchas existencias carnales, lo mismo que al niño no le basta asistir durante un curso entero a la escuela para asimilarse todos los conocimientos que en ella puede adquirir, necesita muchos cursos para terminar su enseñanza elemental, otros muchos para obtener la superior y muchos más para alcanzar el grado de una carrera cualquiera, y aun después de todos estos estudios ni él ni nadie podrá darle el título de sabio. Si esto sucede en una sola rama del saber ¿qué nos ocurrirá en aquellos que debe abarcar el sér humano para alcanzar una relativa y no muy vasta perfección? De ahí se deduce la necesidad absoluta de admitir una serie no interrumpida de existencias ó cursos en los cuales el alma pueda aprender todo lo necesario para alcanzar su máximo progreso.

Si este punto de vista no bastase para demostrar la justicia de Dios al conceder multitud de existencias para realizar nuestro progreso, podríamos presentar otro también muy importante, y es el de que si sólo tuviésemos una sola existencia, la presente, no podría concebirse la justicia divina castigando o premiando después de la muerte; porque el que es bueno solamente porque no ha tenido que sufrir las tentaciones de pecar, ¿qué méritos ha contraído para gozar del cielo?

Supongamos que en un momento dado han nacido dos niños; según las teorías que nos han enseñado, Dios creó sus almas en aquel mismo instante; á ser justo, debería darles iguales medios para luchar, y sin embargo uno de ellos nace de padres ricos,

buenos, quienes rodean al tierno hijo, desde pequeño, de todas clase de ternuras y cuidados; crece éste y le dan buenos maestros que le enseñan toda clase de conocimientos y educan su voluntad, hasta que llega á ser apuesto joven, que con sus prendas personales, sus conocimientos y la aureola de su fortuna logra cautivar el corazón de una linda y honrada joven, con la que al fin se casa y es dichoso. Rodeado de cariños y de respetos llega á la vejez y muerte; los sacerdotes, los amigos, la familia, todos están de acuerdo en que este sér ha ido al cielo, á cuyo fin hasta el Papa lo bendice.

Veamos al otro niño: éste es un hijo del azar; ni su propia madre sabe quién le dio vida; fruto de un encuentro fortuito, cuando no del vicio, viene a la tierra en muy malas condiciones; su madre lo considera como una carga, y si no lo abandona al rincón de un portal, es porque espera sacar de él una vez algo crecido, un medio con que excitar la compasión de los demás. Crece el niño entre el polvo de las carreteras, mamando una leche defectuosa que tortura sus débiles entrañas; sufre los rigores del calor y del frío; los vendavales y el helado cierzo curten su pálido rostro; empieza ya a andar y la enseñanza que recibe es la de mendigar el pedazo de pan que ha de llevar a la boca; no tiene otro maestro que el hambre, ni otro compañero que la miseria; uno y otra lo acompañan desde sus primeros pasos. Un día la madre duerme en el fondo de una cuneta, mientras el pequeño corretea por los linderos; hay allí hermosos árboles frutales, excelentes viñedos, que parecen puestos exprofeso para tentar el apetito, y el niño corre anheloso y se harta de uvas y de las frutas caídas de los arboles; más de pronto surge el guarda, quien lo coge y para enseñarle a respetar lo ajeno, le da una paliza que lo deja medio muerto; la madre calla por temor de verse llevada a la cárcel. El niño ha recibido ya la primera lección de odio hacía los semejantes. Va creciendo y como no ha conocido ni cariño, ni atenciones de ninguna clase, un día su madre lo alquila a otro que lo esquilma, lo maltrata y lo explota sin que ley humana alguna logre impedirlo. Víctima de esos malos tratos un día huye de su explotador; el hambre lo acosa; nadie quiere recogerlo, los perros le ladran, los guardas lo persiguen, la humanidad entera lo desprecia; no tiene a quien volver sus ojos; por fin puede más el hambre que el temor y entra a un huerto y roba dorada fruta que atisban sus ojos; lo cogen y a la cárcel con él, en donde acaba de redondear su educación. Sale por fin y ¿qué ha de hacer? Nadie cuida de él. Si por la noche duerme en un portal o en un banco, de allí a puntapiés lo arroja el sereno; si de día quiere recoger papeles, trapo o colillas los más grandes se lo impiden pegándole; por fin vuelve a robar y vuelven a meterle en la cárcel, en donde su odio a la humanidad va en aumento cada día.

Ya no es un niño; ya es un hombre, ya no roba frutas ni pañuelos; arma en mano desvalija a los transeúntes; sabe defenderse cuando lo policía lo ataca, Por fin muere ó en una refriega ó en el presidio, y exclama a una voz la humanidad que lo ve: “ por fin Dios

nos ha quitado de encima este demonio! ¡qué vaya al infierno ya que de allí no debiera haber salido!

Y ahora pregunto: ¡quién es aquí el culpable, el niño abandonado, la humanidad que no ha tenido para él ninguna consideración, Dios, que lo creó rodeándolo de tan malas condiciones de vida? Hé aquí el verdadero culpable si una sola existencia terrena tuviésemos. En este caso Dios no sería justo y deberíamos, rechazarlo.

Pero la realidad no es así, la realidad es que cada uno somos hijos de nuestras obras; los sufrimientos que hoy padecemos tienen por causa nuestros desaciertos de ayer o sea de nuestra vida anterior.

Dios ha constituido una ley, y cada vez que de ella nos separamos nos produce un dolor. Todos hemos sido y somos culpables.

Hoy carecéis mucho de un pedazo de pan con que alimentar vuestro escuálido cuerpo; ¡quién sabe si en vuestra vida anterior, poseyendo riquezas no supiste emplearlas bien? ¡Quién sabe si a veces llamaban a vuestras puertas los necesitados y les azuzásteis los perros en vez de darle albergue?

Cuando ahora sufrimos, es porque sembramos antes los gérmenes de este dolor.

Sí, señores; todos hemos tenido nuestro ayer como tendremos un mañana. Nuestra situación actual es fruto de lo que ayer hicimos; nuestra situación de mañana fruto será de nuestros actos de hoy.

Esta vista panorámica de la realidad nos reconcilia con Dios, con su bondad y con su justicia. Esta visión del porvenir está llena de risueñas esperanzas que nos reconcilian con la humanidad.

Gracias a esta luz sabemos que no estamos desheredados de la gloria eterna; que tarde o temprano depende de nuestra perseverancia en el bien – alcanzaremos a la felicidad.

Todos hemos pecado, todos sufrimos: pero unos tras otros, siendo buenos nos libertaremos del mal, del sufrir, día llegará en que no habrá seres malos porque todos sabremos que solo amando y protegiéndonos mutuamente es como lograremos la felicidad.

Y vosotros queridos hermanos, los que lleváis en título de pobres, cuando salgáis de aquí reflexionad en mis palabras, en ellas hallareis un apoyo en vuestra debilidad. No desesperéis nunca; cuando el dolor y la necesidad os agobie, no digáis nunca que Dios os

castiga o que os tienen abandonados; pensad y en ello acertaréis, que no es más que una medicina que es preciso tomar para curaros de los males que con vuestras intemperancias os acarreásteis ayer. Todos hemos pasado por derroteros parecidos, pero también a todos, la experiencia nos enseña que sólo siendo buenos dejaremos de sufrir.

.....

Cada día a despertaros por la mañana elevad vuestra frente en alto y pedid a Dios las fuerzas necesarias para proseguir vuestra jornada sin cometer ninguna falta; pedid fuerza para hacer bien a algún semejante, pues por muy pobres que seáis siempre podéis ser útiles a otro. Por la noche, cuando el sueño venga a calmar vuestros dolores, elevad vuestra alma y dad gracias si habéis logrado pasar el día sin hacer mal a nadie; en fin, si seguís mis consejos, veréis como en medio de la pobreza seréis dueños de una felicidad interior tan completa, como no la goza el hombre más poderoso de la tierra.

M- I. LOPEZ L.

INFORMACIÓN DE LA PRENSA

Con motivo de haber fallecido ayer en esta ciudad el señor don Matías Sierra, venerable patriarca, Jefe de una distinguida familia de esta localidad y liberal caracterizado, se verificó hoy una solemne e imponente manifestación de independencia religiosa, consistente en haber hecho acto de presencia una enorme concurrencia de la población en el entierro laico hecho al difunto señor Sierra.

El finado, en su carácter de liberal sincero y libre pensador, no claudicó a la hora suprema, y lejos de solicitar auxilio ni ceremonia religiosa de ningún género, expresó su voluntad firme de que se sepultara su cadáver en un terreno de su propiedad cerca de la ciudad. Por tal motivo, sus hijos, cumpliendo esa voluntad, la comunicaron a sus amigos y éstos gustosamente y en número de más de mil personas, concurrieron hasta el lugar destinado para su sepultura.

Así, pues, la comitiva fúnebre, con tres coches mortuorios completamente agobiados de coronas que la mayor parte de las familias de la ciudad enviaron a la casa del señor Sierra, desfiló silenciosamente en el mayor orden y compostura por el camellón principal hasta el lugar indicado, concurriendo al acompañamiento muchas señoras y señoritas y también todos los niños del Colegio Instituto Santander, conduciendo coronas y flores de todas clases.

Al llegar al lugar donde se había abierto su sepultura, algunos caballeros hicieron uso de la palabra, en una tribuna improvisada al aire libre, sobre una piedra en aquel pintoresco sitio perfectamente adecuado y admirablemente escogido para el efecto que se proponen la familia Sierra y sus amigos, que es el de hacer allí un cementerio libre donde se puedan sepultar los cuerpos de todas aquellas personas que tengan a bien morir libremente y no quieran pagar tributos hasta después de muertos.

La idea ha sido acogida con entusiasmo por todos los hombres libres y se llevará a cabo el proyecto con seguridad, tanto más cuanto que ya se ha puesto la primera piedra, sepultando allí a don Matías Sierra, viejo patriarca liberal y gran patriota, entusiasta y lleno de energías admirables.

Después de los discursos pronunciados por los señores Manuel I. López, Efraín Rubio, Luis Felipe Latorre U, Juan B. Arango, Eduardo Rodríguez Forero, un joven Martínez y de una bella y sentida poesía que recitó la niña Leonor González, se leyó una acta de inauguración del Cementerio, en la cual hacen constar la cesión del terreno para ese efecto, hecha por la familia Sierra a la ciudad a condición de que sea administrado el Cementerio únicamente por las autoridades civiles del Municipio.

Como este acta es de suma importancia y trascendencia para esta población y para la causa de la libertad del pensamiento y de la conciencia nos apresuramos a hacerla conocer de la Prensa de esa capital para que, si lo tiene a bien y lo estima conveniente, le dé publicidad.

Soy del Señor Director, atento seguro servidor

Corresponsal

Facatativá, Septiembre 9 de

LOS PADRES AGUSTINOS NIEGAN SEPULTURA

A LOS LIBERALES

EL PUEBLO SE PREPARA PARA ACOMETERLOS.

Acaba de morir en la ciudad el señor Matías Sierra. En sus muchos años de vida prestó a la causa liberal su contingente, ya como soldado del General Mosquera, ya como trabajador incansable en el campo civil. Su corazón fue un océano de bondad; él enjugó muchas lágrimas, arrimó a muchos labios exangües el pan que las sotanas no acercan a los desvalidos. Con sus consejos patriarcales no hacía sino revivir la hoguera en los pechos que saben enfrentarse a los desafueros de la intransigencia gubernamental, en los pechos que han nacido para protestar contra todo aquel que afecte las libertades públicas. En su alma de gigante solo hacían centinela las ideas liberales como la tea ante el altar de Júpiter Tonante. Ni en sus últimos momentos de impotencia física ceso de excitar a los ciudadanos de la misma filiación a cumplir con el deber del sufragio para merecer el epíteto de liberal.

Los frailes agustinos impidieron la inhumación del cadáver del señor Sierra en el cementerio, a pesar de tener la familia, en ese lugar, bóvedas de su propiedad; se negó por frailes extranjeros el derecho que tenemos los colombianos a que se nos entierre en nuestro suelo; los frailes extranjeros vienen a privarnos a los colombianos de las propiedades que son del municipio y que nos pertenecen a todos. El Concordato les da la administración, es decir, el recaudo que estos hombres exigen por el derecho de morir y ser sepultados en el lugar que destinaron las municipalidades para enterrar a los muertos, pero no les firman escritura de venta.

El delito de el señor Sierra consistió en no pagar los diezmos, ni contribuir a las funciones de atrio durante los seis últimos años de su vida; en cambio su mano prodigó muchos bienes y fue caritativa y fue noble; ni un punto negro hay en esa larga vida que pueda alegarse como estigma.

El pueblo, de quien el señor Matías Sierra, fue un representante y vocero de grandes energías, pide el cadáver a la familia Sierra para colocarlo en el sitio de los muertos por encima de la orden parroquial, por encima de la mediocre vocinglería y ofrece derribar la gran portada de ese lugar del perenne silencio, armado y resuelto en su ira a combatir. Llegada la noche se ven corrillos se oyen gritos, se confeccionan planes; los artesanos corren como en un incendio y los más exaltados ordenan a los demás estar listos y en actitud fuerte, proyectan un ataque contra los usurpadores, contra los fanáticos

atrincherados en la inmunidad del coro, contra quienes nos niegan el derecho a que se nos cubra con la tierra en el lugar destinado a los muertos, cualesquiera fuese las ideas; después de ser materia inerte todos somos iguales en el sueño inmutablemente eterno. Sin embargo, gracias a la serenidad de algunas distinguidas personas, se develan los planes, se apaciguan las iras, y la familia Sierra opta por dar sepultura al cadáver en su lugar de su propiedad, iniciando así un Cementerio Laico para los que en vida no quisieron dejarse extorsionar por las ritualidades de un culto tan caro para los pobres que, sin dejar bienes, serían sepultados en los potreros o en los caños.

Aquel nuevo lugar para penetrar a la mansión de la eternidad queda a la vista del viajero que atraviesa el vistoso ajedrez de la Sabana, sobre un alcor que el sol no deja de bañar desde que se levanta hasta cuando cae en occidente, lejos de los murmullos y de los ojos de hiena de los intransigentes.

Más de mil personas, contando gran número de señoritas, incontables coronas ofrendadas por la sociedad, fueron a inaugurar el Cementerio Laico con el cadáver del viejo liberal, hasta dejarlo allá, sobre el alcor que el que el sol con su policromía no cesa de bañar, y a donde iré después de una semana a dejar también mi cestilla de lirios y madre selvas. *Corresponsal*

DE FACATATIVA.

Todos los años el 24 de agosto, celebraba el señor Matías Sierra una fiesta en memoria de la que fue la compañera de la vida.

En ese día, el Señor Sierra y sus hijos reunían a su mesa a todos los pobres de Facatativá y los agasajaban con solicitud y cariño, dignos del Maestro que un día, después de comer a la misma mesa con sus humildes discípulos, lavó sus pies y los enjugó luego con ternura infinita.

Terminado el banquete, el señor Sierra y sus hijos pensaban en la desnudez de sus convidados y repartían sendos vestidos entre esos infelices que se alejaban del cristiano hogar, humedecidos los ojos por las lágrimas de la más pura gratitud.

Hermosa fiesta, ¿verdad? No estaba de acuerdo con lo que exigen los Ministros de la Iglesia católica, pero sí con lo que Dios manda y con lo que Jesucristo enseñó a los hombres con la palabra y el ejemplo.

El señor Sierra era un verdadero cristiano; uno que supo interpretar la doctrina del Crucificado de un modo admirable, distinto de aquel sentido que le dan los que hacen de ella un instrumento de venganza y motivo de tráfico con la ignorancia de los hombres.

Hacemos otra pregunta: ¿Habrá algunas familias entre las que se llaman católicas y que derraman a manos llenas el oro en las arcas de la Iglesia, que imiten el ejemplo del señor Sierra?

Y surge esta respuesta: nó. Los católicos dejarán morir de hambre y tiritar de frío a sus hermanos para ir a la Iglesia a cumplir con sus deberes religiosos y a satisfacer los deseos del Padre espiritual. Monstruosa irrisión.

Con razón ha dicho Blasco Ibáñez hablando de ellos: “la caridad es la máscara que coloca la hipocresía sobre el crimen y la crueldad de los hombres”.

El señor Sierra ha muerto. Pero murió fuera de la Iglesia y ésta le negó el asilo en el Camposanto y le cerró con doble cerrojo las puertas del cielo. Era natural: el ejemplo de este hombre bueno en toda la amplitud de la palabra, haría resaltar la iniquidad de los malos.

Sus hijos tuvieron que destinar un área de terrero para depositar sus cenizas veneradas y fundar allí un cementerio laico a donde vayan a dormir los altivos, los limpios de corazón, los que se rebelan contra la cadena oprobiosa del fanatismo religioso que pesa sobre el alma nacional.

Ocurre aquí esta pregunta. ¿Se ha puesto de pie los hombres libres, los de espíritu independiente, los de corazón noble y altivo, para ir en peregrinación a la tumba de don Matías Sierra, para depositar allí una corona para honrar la memoria de aquel héroe del trabajo, de aquel precursor de la libertad del espíritu? No, el imponderable valor moral de aquel varón justo también será un hecho aislado que ni siquiera llamará la atención de las menguadas generaciones del presente...

¿Qué está haciendo el partido liberal? ¿Por qué no ha vuelto una vez siquiera los ojos hacía aquella tumba solitaria que podría ser la Meca de los sedientos de luz para el alma y de la libertad para el pueblo?

Mario,. Del Republicano.

LA MUERTE DE DON MATÍAS SIERRA

El Señor Don Matías Sierra, persona a quien adornaron virtudes muy altas, caballero que se distinguió por su amor al trabajo, por su honradez acrisolada y por su ardiente espíritu de filantropía, que lo hizo merecer el cariño y la gratitud de todos quienes a él se acercaron, hombre de amplias miras que jamás quiso trabas ni para su conciencia, ni para su pensamiento, murió en Facatativá, lugar de su residencia, el viernes de la semana anterior.

El señor Sierra, fiel a sus ideas, no quiso recibir los auxilios del catolicismo.

Por esta razón los Padres Agustino que tienen a su cargo aquella parroquia, se negaron de una manera terminante a dar sepultura al cadáver del Señor Sierra en el Cementerio público.

Hay que tener en cuenta que el señor Sierra poseía en tal Cementerio varias bóvedas. Con todo, sus restos no pudieron traspasar aquellos umbrales. Se nos dice que, en persona los Agustinos pusieron candado a la puerta del Cementerio.

Ante tal proceder la familia Sierra resolvió sepultar los amados restos en un terreno de su propiedad y ceder éste al Municipio para que allí se levantase el Cementerio Laico a donde vayan a reposar, según dice el Acta de cesión, firmada aquel día “Todos los que quieran morir libremente, todos los que no quiera pagar tributo aún después de muertos”

Tal acta establece que dicho Cementerio no será nunca administrado por autoridad distinta de la civil. A un kilómetro de Facatativá, cerca de la carrilera del tren, queda situado el terreno en cuestión.

Allí fueron conducidos los restos del señor Sierra. Fue un acto verdaderamente solemne. Un acto de tal magnitud y de tan hondo sentido como antes no presenciara sino la vecina población. Más de mil personas acompañaron al cadáver del señor Sierra. La caja mortuoria fue conducida en hombros. Todos los alumnos del Instituto Santander concurrieron al acto.

Antes de dar sepultura al cadáver del señor Sierra, se pronunciaron varios elocuentísimos discursos en elogios al finado.

Los concurrentes regresaron en un tren expreso que con tal fin envió un entusiasta colaborador en la obra del nuevo cementerio.

De la dolorosa medida que tomaron los agustinos en contra de quien fue ejemplo de hombre virtuoso, deben de estar consolados sus dignos descendientes, viendo como el pueblo de Facatativá, en masa, supo rendir justo homenaje a las altas virtudes del extinto.

Comentarios se descubre ante la tumba del señor Sierra y envía a los suyos la expresión de sincera condolencia.

De Comentarios.

DON MATÍAS SIERRA

A la edad avanzada de 88 años y después de una vida de merecimientos, bajó a la tumba en la vecina población de Facatativá, el distinguido liberal don Matías Sierra. Fue el Señor Sierra un ciudadano lleno de virtudes, padre ejemplar y reconocido filántropo que anualmente celebraba el aniversario de la muerte de su esposa congregando en una mesa a todos los mendigos de la población y de muchos lugares a la redonda.

Todos estos méritos y el de haber sido Sierra un verdadero patriarca, no fueron suficientes para que después de su muerte se le diese un rincón en el cementerio de la ciudad que tanto favoreciera.

Por las notas que la prensa ha publicado, se habrá visto como la familia del finado señor Sierra se vio obligada a inaugurar, a su costa, un cementerio laico, para depositar los restos de quien fue en vida ejemplo de auténticas virtudes.

Del liberal.

ACTA DE FUNDACIÓN DEL CEMENTERIO LAICO.

En el punto de Palo Blanco, Jurisdicción de la ciudad de Facatativá, con motivo del fallecimiento del señor Matías Sierra, los señores Fermín, Francisco, Aníbal, Ismael, Neftalí y Julio Sierra, hicieron ante los señores Inocencio de la Torre, Efraín Rubio, Abelardo Forero B. Sergio Camacho, Cenén I. Laverde, Jenaro Parra, Marco Antonio Parra, Drigelio Correa, Emiliano Grillo y otros distinguidos caballeros vecinos de esta ciudad, la siguiente manifestación.

Con propósito de honrar la memoria de nuestro querido e inolvidable padre, y para que en los sucesivos en la ciudad de Facatativá, se ahorren los penosos conflictos como el que se ha presentado en este caso, hemos resuelto señalar una porción de terreno que era de propiedad de nuestro padre, para que se levante allí un Cementerio que debe estar sometido únicamente a la vigilancia y administración de las autoridades civiles municipales.

La oferta se hará al Concejo Municipal, en forma legal, lo más pronto posible, para que la Municipalidad dicte Acuerdo del caso. En prueba de la sinceridad de nuestra determinación y para inaugurar el Cementerio, procedemos a colocar- como primer paso en el sitio escogido-, el cadáver de nuestro padre. Para constancia firmamos los siguientes en Palo Blanco, jurisdicción del Municipio de Facatativá a los 10 de septiembre de 1911.

Ismael Sierra, Julio Sierra, Francisco de J. Sierra, A. Cortés, Jesús Peñuela B. , Fermín Sierra, Neftalí Sierra, Aníbal Sierra, Lisandro Segura R, Miguel A. Cubillos, Eliécer Gaitán, Inocencio de la Torre, Efraín Rubio G. Juan B. Arango Uribe, Carlos L. Parra, Elías León, José V. Rozo, Pedro Toro Uribe, Sergio Camacho, Jenaro Parra, Francisco I. Calvo, Domingo Mendoza, Luis Felipe Rico, Marco Antonio Gómez, Raimundo Puerto, Juan Pablo Morales, Alejandro Hernández R, Jesús E. González, Benjamín Arciniega, Drigelio Correa, Leónidas Bermúdez, Bernardino Rangel Uribe, L. Laverde L. Eduardo Castañeda M, J. Angulo A. , Roberto Angulo, Luis F. Latorre U, Marco Latorre U. Claudio A. Forero, Lisímaco A. Sierra, Roberto Duque, Carlos Contreras, Cenén Laverde, Alipio Guzmán, Emiliano Grillo, Humberto Latorre, Manuel I. López L, Liborio Rozo, Ricardo Garzón, Misael Sierra A., Alfredo Sierra A., Adriano Bermúdez, Eugenio Téllez, Telesforo D"Áleman, Zenón Delgado A., Carlos A. Hernández, César Piñeros, Carlos Quintana S., José N. Rey K., Darío Rubio, Luis J. Sierra, Julio Monroy R., Fausto Puerto R., Ramón Ávila C., Víctor M. López, Delio Uribe, Rubén de J. Quevedo, Luis E. Parra., Ernesto Pulido P., Marcos Martínez F., Francisco de L. Tocancipá, Celso Figueroa, Samuel Cantor T., Carlos Pachón, Alfonso González por ruego de José J. García, Juan B. Aranguren U., Juan Torres E., Rudesindo Nieto, Benjamín Garzón G., Abelardo Forero B., Carlos A. Ramírez, Ricardo Carrasquilla, Carlos Julio Jáuregui, Eccehomo Ardila, Joaquín Ramírez M., Eliecer Prieto Torres, Arístides Londoño S., Eduardo Becerra, Gregorio Peña, Jorge A. Gaitán, Pablo Uricoechea, Nicolás Ávila, José Joaquín Ospina, Nemesio Téllez, Alejandro Tapia P., Carlos Gaona, Eudoro Higuera V., Isaías Moscoso, a ruego de Ricardo González, Jesús E. González

